BIBLIOTECA MARCEL·LÍ DOMINGO
Recull de premsa local i comarcal

UN REGALO SIMBÓLICO

AÑORANZA

Algunos de mis amigos de Tortosa tienen un profundo sentido del humor y una delicada manera de expresar sus afectos. Ellos conocen como nadie mi apasionado amor por Tortosa. Por eso, a lo largo de mi vida nómada, he recibido profusas atenciones suyas que me han hecho vibrar; han sabido despertar en mí, en las largas ausencias, estas sutiles intimidades de mi juventud y este admirable orgullo de sentirme tortosino.

El pasado año, el día de Santo Tomás —*Sant Maso*, para ellos, porque suena más al romance antiguo de Tortosa— recibí un paquete cuidadosamente embalado. Contenía una carta lacónica: «Te mandamos Tortosa». Y en paquetes pequeños, un *pastisset*, una *baldana*, una bolsa con tierra de la *garriga*, otra con arena (*sòlit*) del Ebro, y un brote de olivo, otro de romero florecido y tomillo oloroso de *malena*.

No supe si reír de la broma —una de sus humoradas—, pero sí que sentí un escalofrío de emoción al tocar la arena del río; al escurrirse ésta entre mis manos... *Xéic!* Estaba tan lejos de Tortosa, que se me escapó una lágrima.

Ante el obsequio, he evocado cosas que han salido a flor de recuerdo y sin querer, inconscientemente, han acudido las remembranzas de mi juventud.

El «pastisset»

Verano. Tardes luminosas de rumores de agua en las acequias soleadas y de somnolencia monótona del rodar de la noria en el huerto de mi homónimo y viejo amigo *Maso el Sant*. Las golondrinas, las canciones antiguas de la siega en las eras polvorientas y el arrullo de dos palomos en el desván. Tardes de *vent de baix*, con aromas de vegetación exuberante y perfume de frutos sazonados.

En el entresueño —porque es la hora de la siesta consciente— la voz del *sinyó Maso*:

—*Xéic, Maset, pos que no tenim que berenà?*

Y sale de la casa la *sinyó Roseta*, su mujer, con una fuente de *pastissets*.

Roseta me ha visto nacer y me ha llevado de la mano en mis primeros pasos. *Roseta* viene de lejos, del tiempo, y me recuerda todas las ternuras de mi infancia tan feliz... Ha puesto en la mesa baja, de payeses, un mantel que huele a espliego, y yo como *pastissets*... Comulgo el cielo azul, la brisa, el ritmo monótono de la noria y su umbrío de sombras verdes, el aroma de las flores y el regusto fuerte de los cantos de siega de la era soleada.

Como, con el *pastisset*, el paisaje, la luz, la música de Tortosa.

La «baldana»

—*Mare, tinc gana!*—le decía a mi madre cuando regresaba de la escuela con la bolsa de libros en la espalda. Y ella, que sabía todos mis gustos —¡es que es una suerte, *xiquets*, tener una madre tortosina!—, me ofrecía una *baldana* y pan tierno. Estaba todavía caliente y yo comía a gusto.

—Mira, *Maset*—me decía mi madre—, da gracias a Dios y a Santa María de la Cinta del bien que te das al poder merendar. Piensa que hay niños que cuando regresan de la escuela no pueden hacerlo.

Y yo mordía la *baldana* menestral, con voluptuosidad, inconsciente del dolor humano y del hambre de los menesteroros.

Un día vi cerca de mi casa, en la calle d'En Carbó, a un niño pobre y mal vestido.

—Espera—le dije. Y corrí a casa.

Mi madre, al oírme, me preparó la *baldana* y una gorda rebanada de pan. Lo cogí todo y partí en busca del niño pobre. Se lo di.

Yo no merendé, pero sentía una alegría dentro de mí que sabía todavía mejor que las *baldanes*. ¡Y mira que las *baldanes* son buenas!

Hierbas y ramos

Cogí florecillas blancas y amarillas y trencé una corona. Se la puse en la cabeza como una aureola. Parecía una de aquellas vírgenes que soñaba en mis sueños de niño. Después la admiré plenamente.

Todavía la veo emocionada —¡han pasado muchos años desde entonces!—, y en sus labios temblorosos, húmedos —en sus labios rielaba la luz del sol en vibraciones de oro—, tenía una sonrisa. No acertaba a comprender si era una broma la coronación.

Después he trenzado coronas con romero, tomillo y hierbas olorosas. Pero eran homenajes póstumos a recuerdos que nunca fueron tan bellos como aquél...

Tierra de «garriga»

Calcinada, viva. Tierra regada con los sudores de nuestros abuelos.

Yo llevaba un brote de romero en la oreja y subía por la *Costa de Palmés*. Encontré a *Ximet lo Llarg*. Era alto como un pino del *Port*.

—*Guai, Ximet, quan de temps sense veure't!*

—*Hola, garrit!*

Se paró. Sacó su pañuelo a cuadros—era limpio y fresco— y se enjugó el sudor. Miró la inmensidad del valle. El Ebro era lo de siempre: armonía. La luz, oro en el aire. Las lejanías de los verdes plateados de los olivos, los verdes oscuros de los bosquecillos, la belleza de la tarde...

—*Vaig al trocet, aqui dalt, a la montanya, que estic passant la xuraga. Vine, que farás un mis. Allí hi tinc a Càndia, la dona.*

Y anduvimos juntos por el borde de las montañas hacia el camino de la *Bassa del Mig*.

Al llegar, *Ximet* dijo en alta voz:

—*Ave María Purissima!*

—*Sin pecado*...—contestó *Càndia*, su mujer.

* * *

Anduve después solo por aquellos montes hacia el *Coll de l'Alba* y el *Coll dels Còdols*. Descansé sentado en un margen de piedra, fumando un cigarrillo. Todo el paisaje eran márgenes de piedras ajustadas que sostenían la tierra áspera. A veces el trabajo generoso era para sostener la tierra de un solo árbol. A veces las rocas salían a flor de tierra. *Margens, margens!* Virtud de trabajo. Perseverancia. El aceite de aquellos rincones tiene todos los gustos de trabajo abnegado que no sabe nada de la jornada de ocho horas...

Todavía rosonaba en mis oídos:

—*Ave María Purissima!*—como dijo *Ximet lo Llarg*.

Y:

—*Sin pecado*...—como contestó su mujer.

Así era posible todo.

Y yo, mientras pensaba, tenía en la mano un puñado de tierra que, al estrujarla, se convertía en polvo.

La arena del río

Aquel día el cielo era más azul, el río más transparente y la brisa —*vent de baix*— más franca. La vela se hinchaba y se redondeaba en turgencias de matrona —de aquellas bravas tortosinas de la *Destral*, que tenían que ser forzosamente *ben plantades*— y la quilla abría caminos de luz, de arabescos y de espumas.

Era todo tan hermoso... El rumor de los árboles de la orilla, el canto de las tórtolas del bosque, una canción de siega que venía de lejos, una risa de niños en la orilla, en una playa que se bañaban y parecían diocesillos de la mitología llerca —inédita aún—, dueños de aquellas frondas y de aquellos rincones misteriosos de aguas profundas y tenebrosas. Era una tarde azul, dorada y luminosa.

Abordamos a una isla y estuvimos nadando. El agua era tibia y cálida de luz. Después, echado en la playa, cogí un puñado de arena. Daba gusto sentirla caliente entre la mano, como un apretón de manos cariñoso de la novia o como el beso de un hijo. ¡Es que la tarde era tan bella!

Ahora, cogiendo la arena que me mandaron mis amigos, siento la nostalgia de aquella tarde luminosa y aprieto fuertemente el *sòlit* del río.

Y pasan los recuerdos... Los viajes por el Ebro, velas y cielos blancos, bosques y anchuras del río... Admirables perspectivas de la vida pasada.

¡Ay, mis queridos amigos de Tortosa! Con vuestro obsequio habéis llenado de sol la oscura tristeza de mi añoranza. Habéis hecho el milagro de hacerme revivir viejos recuerdos de Tortosa.

¡Y qué suerte la vuestra, que tenéis este tesoro al alcance de la mano!

Tomás Fortuza Segura

Tarragona, agosto de 1953.

La «garriga». Olivos, algarrobos, márgenes de piedra, tierra áspera. Pero riqueza al fin, gracias al esfuerzo de nuestros payeses...

Font: biblioteca.tortosa.cat